

Altamirano (Ignacio Manuel)

FLOR DEL ALBA

Las montañas del Oriente
 La luna traspuso ya,
 El gran lucero del alba
 Mirase apenas brillar
 Al traves de los nacientes
 Rayos de luz matinal;
 Bajo su manto de niebla
 Gime soñoliento el mar,
 Y el céfiro en las praderas
 Tibio despertando va.
 De la sonrosada aurora
 Con la dulce claridad,
 Todo se anima y se mueve,
 Todo se siente agitar:
 El águila allá en las rocas
 Con fiereza y majestad
 Erguida ve el horizonte
 Por donde el sol nacerá;
 Mientras que el tigre gallardo
 Y el receloso jaguar

Se alejan buscando asilo
 Del bosque en la oscuridad.
 Los alciones en bandadas
 Rasgando los aires van,
 Y el *madrugador* comienza
 Las aves á despertar:
 Aquí salta en las caobas
 El pomposo *cardenal*,
 Y alegres los guacamayos
 Aparecen más allá.
 El *aní* canta en los mangles,
 En el ébano el *turpial*,
 El *centzontli* entre las ceibas,
 La alondra en el arrayan,
 En los maizales el tordo
 Y el mirlo en el arrozal.
 Desde su trono la crquídea
 Vierte de aroma un raudal,
 Con su guirnalda de nieve
 Se corona el guayacan,
 Abre el algodón sus rosas,
 El ilamo su azahar,
 Mientras que lluvia de aljófara
 Se ostenta en el cafetal,
 Y el nelumbio en los remansos
 Se inclina el agua á besar.
 Allá en la cabaña humilde
 Turban del sueño la paz
 En que el labriego reposa,
 Los gallos con su cantar;
 El anciano á la familia
 Despierta con tierno afán,

Y la campana del *Barrio*
 Invita al cristiano á orar.
 Entónces, niña hechicera,
 De la choza en el umbral
 Asoma, que *Flor del alba*
 La gente ha dado en llamar.
 El candor del cielo tiñe
 Su semblante virginal,
 Y la luz de la modestia
 Resplandece en su mirar.
 Alta, gallarda y apenas
 Quince abrilés contará,
 De azabache es su cabello,
 Sus labios bermejos, más
 Que las flores del granado
 La púrpura y el coral;
 Si sonrien, blancas perlas
 Menudas hacen brillar.
 Ya sale airosa, llevando
 El cántaro en el *yagual*,
 Sobre la erguida cabeza
 Que apenas mueve al andar;
 Cruza el sendero de mirtos
 Y cabe un cañaveral,
 Donde hay una cruz antigua,
 Bajo el techo de un palmar,
 Plantada sobre las peñas
 Musgosas de un manantial,
 Arrodillada la niña
 Humilde se pone á orar,
 Al arroyuelo mezclando
 Sus lágrimas de piedad.

Luego sube á la colina
 Desde donde se vé el mar,
 Y allí con mirada inquieta,
 Buscando afanosa está
 Una barca entre las brumas
 Que ahuyenta ledo el terral;
 Los campesinos alegres
 Que á los maizales se van,
 Al verla así, la bendicen,
 Y la arrojan al pasar
 Maravillas olorosas
 De las cercas del bajial,
 Que es la bella *Flor del alba*,
 La dulce y buena deidad
 Que adoran los corazones
 De aquel humilde lugar.

1864.

LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
 Los primeros resplandores,
 Dorando las altas cimas
 De los encumbrados montes.
 Las neblinas de los valles
 Hacia las alturas corren,
 Y de las rocas se cuelgan
 Ó en las cañadas se esconden.
 En áscuas de oro convierten
 Del astro-rey los fulgores,
 Del mar que duerme tranquilo
 Las mansas ondas salobres.
 Sus hilos tiende el rocío
 De diamantes tembladores,
 En la alfombra de los prados
 Y en el manto de los bosques.
 Sobre la verde ladera
 Que esmaltan gallardas flores,
 Elevan su frente altiva
 Los enhiestos girasoles,

Y las caléndulas rojas
 Vierten al pié sus olores.
 Las amarillas retamas
 Visten las colinas, donde
 Se ocultan pardas y alegres
 Las chozas de los pastores.
 Purpúrea el agua del río
 Lame de esmeralda el borde,
 Que con sus hojas encubren
 Los plátanos cimbradores;
 Mientras que allá en la montaña,
 Flotando en la peña enorme,
 La cascada se reviste
 Del iris con los colores.
 El ganado en las llanuras
 Trisca alegre, salta y corre;
 Cantan las aves, y zumban
 Mil insectos bullidores
 Que el rayo del sol anima,
 Que pronto mata la noche.
 En tanto el sol se levanta
 Sobre el lejano horizonte,
 Bajo la bóveda limpia
 De un cielo sereno... Entonces
 Sus fatigosas tareas
 Suspenden los labradores,
 Y un santo respeto embarga
 Sus sencillos corazones.
 En el valle, en la floresta,
 En el mar, en todo el orbe
 Se escuchan himnos sagrados,
 Misteriosas oraciones;

Porque el mundo en esta hora
 Es altar inmenso, en donde
 La gratitud de los séres
 Su tierno holocausto pone;
 Y Dios, que todos los días
 Ofrenda tan santa acoge,
 La enciende del Sol que nace
 Con los puros resplandores.

1863.

LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
 En los picos de la sierra,
 Y el sol derrama en la tierra
 Su torrente abrasador.
 Y se derriten las perlas
 Del argentado rocío,
 En las adelfas del río
 Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco
 Picotea el *carpintero*,
 Y en el frondoso *manguero*
 Canta su amor el *turpial*;
 Y buscan miel las abejas
 En las piñas olorosas,
 Y pueblan las mariposas
 El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
 Sal de la onda bullidora;
 Desde que alumbró la aurora
 Jugueteeas loca allí.
 ¿Acaso el genio que habita
 De ese río en los cristales,
 Te brinda delicias tales
 Que lo prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
 Te apartas de la ribera?
 Ven pronto, que ya te espera
 Palpitando el corazón.
 ¿No ves que todo se agita,
 Todo despierta y florece?
 ¿No ves que todo enardece
 Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
 Se requiebran las palomas,
 Y en el nardo los aromas
 A beber las brisas van.
 ¿Tu corazón, por ventura,
 Esa sed de amor no siente,
 Que así se muestra inclemente
 A mi dulce y tierno afán?

¡Ah no! perdona, bien mío:
 Cedés al fin á mi ruego,
 Y de la pasión el fuego
 Miro en tus ojos lucir.
 Ven, que tu amor, virgen bella,

Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.
Oprimanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y trascurren dulcemente
Lentas las horas así.

.....
En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Extremeciéndose está.

En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

LAS ABEJAS

Ya que del cármén en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la bárbara tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aún alumbrá risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
 Con sus preciosos dones la fortuna,
 Tú á quien el mundo seductor embriaga
 Sus flores ofreciendo una por una;
 Tú á quien la juventud, hermosa maga,
 Dulcemente convida
 A disfrutar la dicha tentadora
 Que en sus ardientes frutos atesora
 El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
 Del débil viejo la mejilla abraza
 Y que la espina del tenaz quebranto
 Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente
 Sientes bullir aún; la vida es bella,
 Y en sus campos el sol resplandeciente
 A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? di, ¿por qué inclinabas
 Callando tristemente,
 La dolorida frente?
 ¿A la pérfida acaso recordabas?
 Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
 ¿Por qué llorando de la vil te alejas?
 ¿Qué ventura has perdido?
 ¿Qué tesoro escondido
 En ese corazón perjuro dejas?
 ¿Por qué cuando en un día,
 Primera vez miraste
 De esa traidora la belleza impía,

El terrible fulgor no vislumbraste
 De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
 Abriga esa mujer; vicio temprano,
 Como á las gentes que en la corte habitan,
 Ya corrompió su corazón liviano;
 Si amor á buscar fuiste
 Entre el pérfido mundo cortesano,
 Por eso ahora ¡ay triste!
 Lloras el tiempo que perdiste en vano.
 ¡Amor allí no existe!
 Allí cual frescas, perfumadas rosas,
 Al corazón se ofrecen las hermosas.
 ¡Ay de quien su perfume
 Aspira incauto, y de confianza lleno
 Pronto en la duda y tedio se consume
 Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí!..... La dulce niña
 Cuando asoma el pudor por vez primera
 En su frente de ángel, y su pecho
 Sincero amando, palpitar debiera,
 De infame corrupción con el ejemplo
 No al sentimiento puro le consagra,
 Porque del oro le convierte en templo.
 ¿Qué dicha, qué placeres
 Esperas tú encontrar de esas mujeres
 En el vendido seno
 A los ardores del cariño ajeno,
 Cuando su impura llama,
 Si nace, solamente

Al soplo vil del interés se inflama?
 Huye la corte, amigo, y la ventura
 Ven á buscar aquí, do la inocencia
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
 Libando su dulzura
 Cambiará tu existencia;
 Del tedio sanarás que te aniquila,
 Y la virtud amando, suavemente
 Tu vida pasará cual la corriente
 De ese arroyo tranquila.

¿ Ves discurrir zumbando entre las flores
 De este cármén umbroso y escondido,
 Afanasas buscando las abejas
 El néctar delicioso, apetecido?
 Mira cuál van dejando desdeñosas
 De su brillo á pesar y su hermosura
 Las flores venenosas.
 Ellas buscan quizá las más humildes,
 Las que ocultas tal vez en la espesura
 De las agrestes breñas
 Apenas se distinguen, ó en la oscura
 Grieta se esconden de las rudas peñas;
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas
 Aquellas que parecen
 Con mayor altivez y más colores,
 Sean también las que ofrecen
 Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado

Por el pródigo cielo
 De un instinto sagaz y delicado;
 Y en el jardín del mundo,
 Si el néctar de la dicha libar quieres
 Para endulzar las penas de la vida,
 Deja la flor pomposa, envanecida
 Que á la virtud en su soberbia insulta;
 Busca á la que se oculta
 Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,
 Y alimentando tu pasión insana
 Tu puro corazón envenenaste.
 Olvídala, y que presto,
 Ya despertando de tu error funesto,
 Puedas hallar la miel de los amores
 De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
 Nuestras montañas y risueños prados,
 La que garbosa con diadema negra
 De cabellos rizados
 Su tersa frente candorosa ciñe,
 Que el alba pura con sus lampos tiñe.
 La de los grandes y rasgados ojos,
 La de los frescos labios purpurinos
 Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,
 La de turgentes hombros y divinos
 Que la Vénus de Gnido envidiaria,
 Mírala, ¿no enloquece tu alma, joven,
 Como hace tiempo enloqueció la mía?

¿La faz de tu perjura es comparable,
 Y su pálida tez marchita y fría
 Do la salud y la color simula
 Comprado afeite, con la faz rosada
 De esta vírgen del bosque,
 Do la sangre purísima circula
 Con el calor y el aire de los campos,
 Y con la gran esencia
 Que en su redor esparce la inocencia?
 Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada
 Con el ansioso labio no provoca?
 ¿Quién al verla sonriendo no querría
 Libar la miel de su encendida boca?
 ¿Quién no deseara con delirio ciego
 Estrecharla en sus brazos un instante?
 ¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
 Sino en su seno blanco y palpitante?
 ¿Y dónde hallar la dicha que asegura
 Su fé constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
 Abeja del amor, y no te cuida
 De los torpes placeres
 Que te ofrece la córte corrompida,
 Si el néctar de la dicha libar quieres
 Para endulzar las penas de la vida.

1854.

LAS AMAPOLAS

Uror. — TÍBULO.

El sol en medio del cielo
 Derramando fuego está;
 Las praderas de la costa
 Se comienzan á abrasar,
 Y se respira en las ramblas
 El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
 Y en el sombrío manglar
 Las tórtolas fatigadas
 Han enmudecido ya;
 Ni la más ligera brisa
 Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
 Todo callándose va,
 Y solo de cuando en cuando
 Ronco, imponente y fugaz,
 Se oye el lejano bramido
 De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
 Entre el verde carrizal,
 Asoma una bella jóven
 De linda y morena faz;
 Siguiéndola va un mancebo
 Que con delirante afán
 Ciñe su ligero talle,
 Y así le comienza á hablar:

— « Ten piedad, hermosa mia,
 Del ardor que me devora,
 Y que está avivando impía
 Con su llama abrasadora
 Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
 Todo lánguido desmaya,
 Todo gime soñoliento:
 El río, el ave y el viento
 Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
 En los bordes del torrente;
 Mústias se tuercen las rosas,
 Inclinando perezosas
 Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
 Los floripondios tostados;
 Tibios están los senderos
 En los bosques perfumados
 De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
 De calor desvanecidas,
 Humedecen sus corolas
 En las cristalinas olas
 De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,
 Yo me abraso de deseos;
 Mi corazón se extremece,
 Y ese sol de Junio acrece
 Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mio;
 En busca de sombra vamos
 Al fondo del bosque umbrío,
 Y un paraíso finjamos
 En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
 Al pié de los platanares
 Por el remanso bañado,
 Un lecho te he preparado
 De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
 Sobre la espalda morena;
 Muestra la esbelta cintura,
 Y que forme la onda pura
 Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
 Confundamos nuestras almas

En un beso, en un aliento...
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas. » —

Así dice amante el jóven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo.... y nada mas.

Entre las palmas se pierden;
Y del dia al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.



Aruña (Hannet)

NOCTURNO⁽¹⁾

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazon,
Que es mucho lo que sufro
Y mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
Y al grito en que te imploro,
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusion.

(1) Esta composicion, hermosísima aunque incorrecta, fué, sino la última, una de las últimas que escribió este poeta ántes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.